

Manuel Martínez  
Casanova

*De la religiosidad  
popular  
latinoamericana: las  
ánimas de carretera en  
Venezuela*

Las devociones populares vinculadas de una forma o de otra al culto a los muertos milagrosos las encontramos a lo largo de la historia y en los más disímiles parajes de la geografía habitada por los seres humanos. Diferentes lugares, diferentes tiempos, diferentes ritos y ceremonias que sirven para venerar más que a cadáveres, a los principios vitales que los animaron en vida y que para los creyentes siguen viviendo en lugares específicos relacionados con la vida y sobre todo con la muerte de aquellas personas.

En las tierras de América, de profundo mestizaje étnico e intensa hibridación cultural, estas devociones se hicieron no solo muy frecuentes sino especialmente pintorescas como consecuencia de las múltiples influencias heredadas de nuestros ancestros, cada uno de los cuales fue portador de profundas creencias y fértiles devociones en las que los espíritus de los difuntos poseían privilegiada posición.

La presencia, no siempre viva, de las culturas indígenas ha traído consigo una gran diversidad de expresiones de la ritualidad y las creencias relacionadas con la muerte y la "vida" ulterior del espíritu del fallecido y de cómo este influye y repercute activamente en el mundo de los vivos. En sus concepciones, de carácter holístico y totalizador, la presencia de los ancestros fallecidos, su intervención en las cosas de la vida cotidiana, la interacción entre aquellos y los vivos, se constituye en fundamento de la vida comunitaria.

En España, las ritualidades y devociones en torno a la muerte han sido especialmente pródigas en sus expresiones milenarias.

La cercanía de la muerte, la enfermedad, la muerte misma, el tratamiento del cadáver y el proceso de atención ulterior del mismo se han convertido en factores de primera significación en el marco de la cultura tradicional española, independientemente de las particularidades regionales que las caracterizan.<sup>1</sup> En la cultura ibérica, como fiel exponente de la tradición mediterránea, las capillas de ánimas, los petos de ánimas de los caminos, las misas y velorios de difuntos, los propios cementerios de gran concurrencia devota que los convierten en centros obligatorios de peregrinación para muchos, especialmente en fechas señaladas, los ricos entramados mítico-mágicos del luto o la abigarrada expresividad de la tradición oral en torno a todo ello, son solo las expresiones más sobresalientes pero de ninguna manera las únicas. Incluso han sido importante fuente inspiradora para la literatura española de todos los tiempos, contribuyendo a la riqueza de la misma.<sup>2</sup>

La presencia de grandes contingentes de hombres y mujeres de otras procedencias (africanos, asiáticos y europeos no ibéricos) no dejaría de condimentar intensamente tales expresiones, lo que contribuyó decisivamente a la polícroma expresividad mágico-religiosa del habitante de este continente en relación con tan interesante cuestión.

Las creencias en aparecidos, fantasmas, espantos y demás variantes del folklore necrolátrico resultan abundantísimas en esta parte del mundo, de forma tal que pudiera considerarse a la muerte en su múltiple significación sociocultural como parte inseparable de la vida de cada uno de nosotros. Recordemos, por solo mencionar las expresiones más conocidas, las celebraciones del *día de difuntos* en México con sus mascaradas y referencias constantes a la macabra muerte, no como algo definitivo y finalizador de todo, sino como expresión de la vida cotidiana. Igual sucede con la veneración a *San La Muerte* en Argentina, personificación hagiográfica de la muerte misma que se convierte en objeto de culto en el santoral popular.

<sup>1</sup> Manuel Moreno Valero: "Costumbres acerca de los difuntos, en Los Pedroches (Córdoba)", *Gazeta de Antropología* N° 11, 1995, Texto 11-11.

<sup>2</sup> Recordemos la conversación de Don Juan con el fantasma de Don Luis en el *Don Juan Tenorio* de Zorrilla o las ánimas de los difuntos que hacían tañer las campanas de la capilla en *El Monte de las Ánimas* de Gustavo Adolfo Bécquer.

Otras expresiones de esta tendencia las encontramos con frecuencia extraordinaria en Latinoamérica. Algunas figuras de este tipo ocupan especial significación en la religiosidad popular de nuestros pueblos como sucede con la *difunta Correa*<sup>3</sup> y el *alma del Quemadito* en Argentina o el *Ánima de Juan Soldado* en México. Esta última se nos presenta como ánima en pena que se acerca a las personas que andan por los caminos de las zonas rurales del Estado de Sonora, donde a la vera de una de las autopistas tiene un santuario, para pedirles que recen por la salvación de su alma.

Una parte importante de los rituales vinculados a tales creencias asumen características protectoras y propiciatorias y se caracterizan entonces por la presencia de abigarrados rituales de carácter mágico más que religioso y se acompaña de fundamentaciones míticas que mucho han contribuido a la tradición oral latinoamericana.

Pero Venezuela, provista como pocos países del continente de una considerable riqueza étnica y cultural, se convierte en terreno especialmente prolijo para una expresividad extraordinaria en la devoción y la religiosidad de su pueblo en torno a los muertos y lo que ellos representan, evidenciándose tendencias muy interesantes en este campo.

Así, por ejemplo, en la tradición venezolana se nos presenta como un episodio de gran interés los *velorios de ánimas*, que aún se realizan en Lara y otros Estados centro-occidentales en el mes de noviembre de forma general y, especialmente, en la última noche del noveno día (novenario) que sigue al fallecimiento de alguna persona como parte de ritos propiciatorios para que el alma del difunto pueda abandonar definitivamente este mundo, con lo cual se deja ver, más que el respeto a la persona que este fuera en vida, el atávico temor de la comunidad al ánima del fallecido que de quedarse entre los vivos pudiera resultar perturbadora y peligrosa.

Estos velorios de ánimas pueden incluir, especialmente en esta noche novena, la *procesión de ánimas*, que partiendo de casa del difunto se realiza por hombres solamente, y hasta las puertas del cementerio donde ya reposa el cadáver de aquel vecino, amigo o familiar. Esta procesión se realiza generalmente cerca de la medianoche.

<sup>3</sup> Lucy Campbell: *Difunta Correa*, novela histórica, Editora del Paraná, Buenos Aires, Argentina, 1975.

En esta procesión se suelen llevar velas encendidas o lámparas y se acompañan de rezos, y la entonación por parte de alguno de los presentes (que suelen denominar “gritón” y que puede ser un personaje profesionalizado en esta función fúnebre), de cantos luctuosos en voz baja y solicitudes de rezos del “Padre Nuestro” y el “Ave María” por las “benditas ánimas del Purgatorio” o del fallecido en cuestión.<sup>4</sup> De vez en vez se golpea algún objeto metálico, que contribuye con el ruido acompañado a la atmósfera sobrecogedora de dicha procesión.

De forma puntual y específica se puede hacer referencia a devociones significativas que están presentes en la espiritualidad y el quehacer devoto del pueblo venezolano. Así sucede con el *Ánima de Gregorio Rivera*, muerto en Mérida hace más de 200 años y que ha sido objeto de una especie de canonización popular que se encuentra extendida en otras regiones del país. En esta devoción la figura objeto de culto es la de un individuo caracterizado en vida por su violencia y soberbia, abusador con su esposa y asesino de un sacerdote, por lo que fuera perseguido por la justicia implacablemente hasta que fue capturado y ajusticiado, siendo incluso excomulgado por la Iglesia. A pesar de tan terrible vida la referencia mitológica del pueblo que lo venera se encarga de santificar su figura. En esta leyenda se afirma que tras de su muerte Gregorio Rivera se apareció a una religiosa de Bogotá, revelándole que a él se le había concedido la gracia de hacer aparecer las cosas perdidas a quien elevara sufragios por su alma. Desde entonces su tumba es frecuentada por devotos que agradecen o solicitan algún favor a su alma, tenida por milagrosa.<sup>5</sup>

Igual sucede con el *Ánima de Pica Pica* y la de *El desertor de Güigüe*<sup>6</sup> por mencionar solo algunas referidas en la bibliografía especializada.

Pero la forma tradicional de estas expresiones necrodevotas que nos interesa valorar más detenidamente está vinculada a ciertos puntos especiales de veneración heterodoxa que, por estar relacionados con la muerte de ciertas personas y considerarse

<sup>4</sup> Luis Felipe Ramón y Rivera: “La Música Folklórica de Venezuela”, pp. 2002-2004, Monte Ávila Editores, Caracas, 2004.

<sup>5</sup> En 1955 Tulio Febres Cordero publicó un libro titulado *El alma de Gregorio Rivera*, en el que se estudia su vida.

<sup>6</sup> Isabel Aretz: *Manual de Folklore Venezolano*, Ediciones del Ministerio de Educación, de Cultura y Bellas Artes, Caracas, 1957.

que en ellos, de alguna manera, sigue “viviendo” el espíritu del fallecido, se les denomina *ánimas*.

Un “ánima” surge en el sitio en que la tradición popular recuerda la muerte, generalmente de forma violenta y dolorosa, comúnmente injusta y triste e intensamente mitificada de alguna persona. En cualquier caso siempre es considerada una “mala muerte”.

Resulta una tendencia muy generalizada encontrar, a manera de recordatorio, señales que identifican el lugar donde pereciera alguien. Amigos, familiares del difunto o simplemente vecinos del lugar marcan el fatídico sitio y en él pueden producirse determinadas acciones y obras recordatorias del acontecimiento. Se suele construir una caseta que puede ser denominada de diferentes formas (casilla, ermita, templete, gruta, etc). En la mayoría de las ocasiones son imitaciones de casas y algunas veces de iglesias en proporciones reducidas. En tales lugares pueden situarse fotos del difunto, flores, velas y siempre cruces. Se les ve a lo largo de los caminos y carreteras, en las curvas peligrosas, en las riberas de los ríos, al borde de los barrancos, en las rocas de las playas.

Como un estudio particularizado de las diversas expresiones que estas devociones pueden asumir escaparía a los límites de un artículo, nos proponemos valorar de forma concreta, a manera de graficación de lo dicho al respecto, el culto en torno a las denominadas *ánimas de carretera*, muy frecuentes en las vías y autopistas venezolanas, a las cuales se les rinde culto de forma muy peculiar.

Algunas, la mayoría, no pasan de ser un simple recordatorio de un acontecimiento luctuoso y el sitio solo suele ser visitado por familiares y amigos íntimos de la persona que allí muriera, especialmente en fechas personalizadas, como los aniversarios de nacimiento y sobre todo de su muerte. Las más de las veces quedan en el olvido y condenadas a convertirse en recordatorio de la peligrosidad de determinado lugar para los transeúntes y automovilistas que pasan a su lado, hasta que el tiempo se encarga de solo dejar los vestigios o borrar completamente lo que fuera una señal de duelo en el camino.

Pero algunos de estos sitios logran sobrevivir más allá de la memoria familiar para convertirse en verdaderos centros de devoción, expresivos de una mística especial característica del venezolano.

En Venezuela parece ser que tales sucesos y lugares se ponen de manifiesto con una mayor y peculiar frecuencia. Abundan considerablemente tales sitios aunque, por supuesto, no todos los casos llegan a tener notoriedad en la devoción popular. Esto ocurre cuando, ya por significación de la persona y vida del difunto, o por impacto mágico del lugar sobre los transeúntes, quizás también por la necesidad del ser humano de buscar en momentos desesperados una referencia que permita centrar su esperanza para evitar ser aplastados por la desesperación que los afecta en cierto momento, dichas ánimas se convierten en interlocutor entre el individuo agobiado que implora ayuda para resolver lo que le preocupa y la divina providencia a la cual el primero quizás no se atreve a invocar directamente.

Resulta, afirman algunos creyentes, que las personas que mueren trágicamente tienen, por ese solo hecho, poderes para resolver encargos y deseos. Por supuesto que no se trata de demandas arbitrarias aunque la diversidad de pedidos puede ser extraordinariamente diversa, pero en todos los casos los mismos se hayan vinculados con las características que los devotos depositan en su idealización del difunto. Así, si se trata del alma de una persona muerta en accidente de tránsito su capacidad está dada sobre todo para proteger a los vivos de tales accidentes y de una muerte por esta vía, pero si la muerte ocurre por inanición u otra causa diferente, es contra esta mala muerte específica contra lo que especialmente protege.

Otra constante en estas creencias es la que presupone que después de haber pedido algo a una de estas almas y como parte del "trato" con ella se le hace una promesa a cambio del deseo expresado, una vez cumplido este resulta indispensable proceder a "pagar" lo prometido, pues las ánimas reclaman con fuerza el "cobro" de lo ofrecido y si no se cumple entonces estas saldan la cuenta de cualquier manera, generalmente con daño para el mal pagador.

Entonces, y a consecuencia de ello, el lugar pequeño e insignificante comienza a tomar otras dimensiones que reflejan la dimensión sociocultural que ha logrado a través de la creencia en la milagrosidad efectiva de aquella "ánima". La pequeña caseta es sustituida, ya modesta o pomposamente, por una estructura que semeja, tanto por su dimensión como por su diseño, a un pequeño templo o ermita verdadera. Allí se le agradecen los

favores concedidos en placas metálicas o en trozos de mármol, madera o cualquier otro material con cierta perdurabilidad. Los votos de gratitud pueden explicitar el milagro realizado o mantenerlo en un digno anonimato acompañado, según el criterio del implicado, con su nombre completo o, a veces, con solo sus iniciales.

Se les escriben cartas, notas en las que hacen todo tipo de súplicas, las que sitúan entre los exvotos. Las velas y flores, ya sean estas últimas naturales o artificiales, se les considera como las ofrendas más frecuentes. Junto a ellas imploran, hablan a solas, le ofrecen misas, coronas de caridad y lo “complementan” con determinada iconografía religiosa.

Algunos de estos sitios tienen veladoras, cuidadoras voluntarias que generalmente suelen ser una vecina que se conduce y que se convierte ella misma en devota del ánima que santifica el lugar. Su misión es hacer el aseo, poner las velas en los candelabros, encender unas, apagar otras, arreglar las flores en las jardineras, renovar las marchitas, extraer los restos de velas consumidas; en fin, mantener decoroso el sitio para que los comprometidos con el difunto puedan realizar sus obligaciones adecuadamente.

A tales lugares se les visita sin días fijos ni horarios, pero de forma especial, el 1 y 2 de noviembre con la conmemoración de los “fieles difuntos”.

El listado de tales santuarios populares para los viajeros de Venezuela parece ser interminable y escaparía a los objetivos que nos proponemos. Solo a manera de justipreciar las características de este culto nos proponemos referir solo las más conocidas e interesantes.

La primera pudiera ser el *Ánima de Taguapire* localizada en el Estado de Guárico. En un lugar que hoy lleva este nombre, muy cerca de Santa María de Ipire, se le rinde tributo al ánima de María Francisca (Pancha) Duarte. De esta mujer, trabajadora humilde del Hato Barrialito, se afirma que llegó a ser una renombrada partera y que murió a causa del paludismo. Se cuenta que cuando la llevaban a enterrar al cementerio más cercano, el caudal del río impidió atravesarlo a los portadores del chinchorro donde transportaban su cadáver, por lo cual tuvieron que esperar que las aguas se calmaran, pernoctando junto a un árbol. Al día siguiente, cuando ya el río les permitía proseguir el camino, no pudieron mover la carga que portaban porque

esta pesaba extraordinariamente y, tras varios fracasados intentos, deciden enterrar a aquel cuerpo debajo del árbol donde habían pasado la noche y que, por ser un árbol de Taguapire, sirvió para dar el nombre con el que se le conoce al lugar y al ánima. El sitio se convirtió en parada obligada para los viajeros que transitaban por el lugar y muchos se encomendaban a sus almas, considerándose que la misma se caracteriza por la protección de los transeúntes, y afirmando que su alma concede milagrosamente los deseos de los que piden con fe y devoción alguna cosa.

En el Estado de Carabobo, no lejos del campo en que se libra la importante batalla que tanto significó en la lucha contra el colonialismo español en América, se localiza el *Ánima de la Yaguara*, que recuerda a quien en vida fuera Maximiliano González. Se dice que este hombre se dedicaba al transporte del correo en un extenso territorio de la región central, por lo cual era un gran conocedor de cada camino, monte y encrucijada. Se afirma también que por vivir en una época de guerra sus servicios eran codiciados por los diferentes bandos, llegando uno de estos a reclutarlo a la fuerza y convertirlo en uno de sus principales exploradores. En estas funciones, y siempre según el decir popular, Maximiliano enfermó de disentería, hecho que le induce a desertar y a esconderse tanto de sus antiguos correligionarios como de sus enemigos. Agotado y famélico se refugió en el monte a la vera del camino que une a Campo de Carabobo con Valencia, y allí sucumbió. Se dice que el cadáver fue encontrado debajo de un árbol, tres días después de su muerte, debido al acecho de las aves de rapiña. Pero su cuerpo estaba intacto, como momificado, y los vecinos decidieron enterrarlo allí mismo, en la propia orilla del camino. Desde entonces es un punto importante de referencia en la conformación de la devoción popular que hace del sitio un santuario de aquellos que le encomiendan la solución de sus penas y le piden protección por ese camino hoy tan frecuentado.

En el mismo Estado de Carabobo, pero a la entrada de Puerto Cabello, en la vía que une a esta ciudad con El Palito y por tanto que la conecta con Valencia hacia el sur y con Morón hacia el oeste, encontramos al *Ánima de Morillo*. A esta se le identifica en esta hagiografía heterodoxa con un carretero de este apellido que se hizo famoso por sus buenas relaciones con todos los que le conocían, afirmándose que su carreta siempre estaba en



movimiento trasladando mercancías y personas y en este que hacer su humildad y desprendimiento se evidenciaban en que nunca negó la ayuda a cualquiera que se la solicitaba y las más de las veces el traslado de un enfermo o de personas sin recursos para pagarle lo hacía gratuitamente, sin solicitar nada material a cambio. Como pago recibió la alta consideración de todos los que le conocían. Pero un día fatal, en las primeras décadas del siglo xx, en lo que fuera uno de los primeros accidentes de tránsito en Puerto Cabello, resultó impactado por un automóvil, perdiendo la vida en el acontecimiento. El servicial y bondadoso Morillo se convirtió, como resultado de las circunstancias y la valoración de las personas que frecuentaban o pasaban por el lugar, en un ánima milagrosa que cobró fama de protectora y de cumplidora de las peticiones que se le hacían con veneración. Hoy su "ánima" es reverenciada por miles de camioneros y otros conductores que pasan diariamente frente al lugar y su "ermita" muestra el agradecimiento de muchos en las innumerables placas y señales de promesas cumplidas.

De forma muy parecida sucede con el *Ánima de Pablo Alfonso*, localizada en Yagua, Guacara, también en el Estado de Carabobo. De este individuo se dice que murió asesinado por desconocidos en el camino que une a Yagua con Guacara, en el mismo lugar donde hoy se levanta la pequeña capilla y sus devotos le piden milagros diversos y lo honran con rezos, flores y velas.

La historia y los hechos parecen tener patrones muy similares en otros casos como es el *Ánima de Guasare*, localizada en Punto Fijo, península de Paraguaná, en esa casi isla-desierto del estado de Falcón, en el tramo más septentrional de la costa continental de Venezuela. En este caso la referencia sigue siendo la "mala muerte" a orillas del camino de entre los médanos. Se cuenta que como consecuencia de la sequía intensa que afectó a la península en 1912, un grupo de habitantes de la misma decidió abandonarla y trasladarse por el camino real, a través del desierto, a la ciudad de Coro en busca de comida. Pero la poca agua que traían se les acabó y el sol y el aire salitrero se encargaron de castigarlos tan intensamente que todos murieron de sed. En aquel lugar, a solo 10 kilómetros de la ciudad, fueron encontrados sus restos semisepultados por las arenas de los médanos. Se construyó entonces un pequeño oratorio. Desde entonces muchos caminantes se detienen para orar y se

dice que estas almas, agradecidas, les conceden a los peregrinos sus favores.<sup>7</sup>

Rómulo Gallegos se hace eco, en su gran novela *Doña Bárbara* de la devoción al *Alma del Ajilerito*. A ella se relaciona lo que puede considerarse la devoción más popular del Cajón del Arauca. Ningún morador de la región se ponía en camino sin encomendarse, ni pasaba cerca de la mata de Ajilerito sin llegar hasta ella a encender una vela o dejarle una limosna. El origen de la leyenda es un caminante que fue encontrado muerto al pie de un árbol. Nadie sabe quién fue el primero que a ella se encomendó, pero de seguro salió bien librado y desde entonces miles de personas se encomendaron y aún se encomiendan devotamente a esta ánima.

Pero lo más interesante no resulta en sí la atención particularizada que se le da por parte de sus devotos específicos, a cada una de estas ánimas, sino la forma reverencial en que todas y cada una son asumidas por los practicantes de esta devoción a las ánimas de la carretera en general.

Sin importar el conocimiento que pueda tenerse de la persona que fuera en vida dicha ánima, sin implicar siquiera que se sienta una devoción particularizada por la misma, e incluso aunque esta devoción pudiera manifestarse específicamente, sin que hubiese mediado ninguna promesa, ningún cumplimiento devoto o sin que fuese necesario que el creyente se hubiese detenido alguna vez en el lugar y aún cuando no pretenda hacerlo nunca, esta devoción se hace manifiesta.

Al pasar frente a una “ánima” las personas se descubren. Frente a estas los transeúntes de a pie o viajeros en vehículos se persignan para lograr un buen viaje. Los conductores de vehículos que van y vienen por los caminos marcados por estas, cuando pasan delante de alguna de ellas, no solo se persignan y se encomiendan a ella sino que tocan la bocina en señal de saludo y respeto como si el sonido producido permitiera llamar la “atención” de los espíritus protectores y con ello garantizaran la comunicación y por tanto la salvaguarda deseada.

Esta característica de la devoción a las ánimas de carretera posee en la práctica mayor significación que cualquiera de sus manifestaciones particulares, no solo por la generalidad de la

<sup>7</sup> Eudes Navas Soto: *Ánimas de Guasare*, Miranda, [Villa de Cura], 1997.

primera y la especificidad de las segundas, sino por su remisión a una de las fuentes más universales de la religiosidad, la necesidad de seguridad y protección que todos los seres humanos buscamos satisfacer.

En la práctica tal comportamiento nos remite a los cultos ancestrales, a los númenes guardianes de los caminos, a los genios que protegían a los viajeros y a las deidades a cuyo cuidado antaño se ponían la vida y las riquezas de aquellos que se aventuraban a viajar de un sitio a otro.

Por supuesto que en este análisis solo pretendemos incursionar someramente en el tema y quizás dejar apuntadas algunas ideas básicas sobre las que pretendemos volver con profundidad en análisis ulteriores. En cualquier caso, cuando aún no podemos dejar agotado el tema, no nos caben dudas de que tras estas expresiones devotas se encuentra la rica diversidad de la cultura venezolana y de la cual es un componente de primerísima importancia, tanto por su extensión como por su abigarrada expresividad, la religiosidad popular y, especialmente, las devociones populares en torno a la muerte y al vínculo de los difuntos con los vivos.